

Convergencia y/o diversificación: las tendencias del proceso globalizador visto desde el Perú¹

Gonzalo Portocarrero
Profesor principal de la Universidad Católica del Perú
Profesor visitante UCL (CIUF-CUD)

La globalización implica convergencias y diferenciaciones. Es fácil tomar signos e hilvanarlos en un discurso que enfatice alguna de estas lecturas. De hecho podemos imaginar dos posiciones extremas sobre el punto. La primera haría hincapié en la multiplicación de lo mismo en todas partes del mundo. La segunda sería muy sensible a las particularidades y los contrastes de cada espacio cultural. Está fuera de duda de que ambas tienen algo de verdad. Lo que se discute es pertinencia relativa de cada una de ellas. En el Perú posiciones de este tipo han sido sostenidas, respectivamente, por Mario Vargas Llosa y por José María Arguedas. Por ello empezaré pasando revista a sus planteamientos.

I

Mario Vargas Llosa es un escritor que aspira a través de su ficción y sus ensayos a proporcionar la misma imagen del mundo. Representa el caso de un intelectual que se siente sinceramente obligado, comprometido, con el bien común. Entonces se ve en la necesidad de opinar ante cada uno de los sucesos que van definiendo nuestra contemporaneidad. Desde esta aspiración a una gran coherencia Vargas Llosa polemiza con pasión. Los que no están con él, están equivocados.

Vargas Llosa hilvana, persuasivamente, ideas de sentido común sobre la globalización. En lo económico esta es valorada como un "proceso sin sujeto", es decir como una lógica implacable, una tendencia natural, que se impone sobre naciones e individuos y a la que no tiene ningún sentido oponerse. Los individuos y las colectividades poco competitivas van quedándose atrás en este proceso, excluidas, marginadas. Precio, desde luego, lamentable; pero que tiene como beneficio correlativo, en todo caso, una enorme expansión de la riqueza que también podría favorecer a los van perdiendo. Esta visión de la globalización económica olvida, sin embargo, un hecho fundamental. No es cierto que los estados nacionales hayan abdicado de su capacidad de control sobre los movimientos internacionales. De hecho lo que se ha liberado es el movimiento de mercancías y de capitales. No ha ocurrido lo mismo con el movimiento de la gente que sigue restringido, en función del pacto entre los estados y las ciudadanía de los países ricos. Como lo recuerda Anderson la nación, o "comunidad imaginaria", surge en función de un pacto mediante el cual el ciudadano se compromete a dar su vida en caso de guerra siempre y cuando el estado nacional lo proteja. Y parte de esa protección ha sido restringir la migración para impedir la baja en las remuneraciones. En términos económicos la globalización es pues muy relativa. Y esta además controlada e interferida por los intereses de los grandes estados y compañías.

¹ Exposición presentada en el seminario : *Quelle globalisation pour l'Amérique latine. Débat autour des identités socio-culturelles*, Louvain-la-Neuve, Seminario de investigación del Groupe des Recherches Interdisciplinaires sur l'Amérique latine del 19 de febrero del 2003.

Desde el punto de vista político la perspectiva de Vargas Llosa hace coincidir el fortalecimiento de la democracia liberal con la generalización de la economía de mercado. Como si fueran cara y sello de la misma moneda. La democracia liberal es valorada como el único régimen civilizado. No quiero en este momento ensayar una crítica a la democracia liberal pero de todas maneras no puedo dejar de mencionar el hecho de que Vargas Llosa presume de que todo antagonismo puede resolverse a través de las elecciones y el diálogo. Ahora bien desde el punto de vista normativo no se puede estar más de acuerdo con esa afirmación. Así deberían ser las cosas. No obstante no podemos dejar de lado el incómodo hecho de que la democracia liberal supone la creación de sujetos razonables y respetuosos, relativamente desapasionados; ciudadanos que creen tener una idea del bien común. Desgraciadamente estos supuestos no son tan fáciles de lograr. En el tercer mundo son más una excepción que una regla. Las dictaduras, el caudillismo y el populismo están demasiado presentes. Y no se trata de realidades sin fundamento. En realidad corresponden a situaciones de exclusión social. A sociedades muy desiguales y jerarquizadas donde resulta problemática la existencia de una con-ciudadanía. Es decir, no hay respeto por el otro.

No obstante, a veces pareciera que para Vargas Llosa no existen los antagonismos. Los conflictos responden entonces a malos entendidos. Es decir la gente no se pone de acuerdo porque hay una mutua satanización. Si hubiera diálogo estos espejismos podría difuminarse. En *La Guerra del Fin del mundo*, celebrada por muchos como su novela más lograda, Vargas Llosa relata un cruento conflicto que se presenta como puramente imaginario. En el Brasil de fines del siglo XIX, los campesinos Canudos creen que la república es una manifestación del Anticristo. Viven la inminencia de un triunfo del bien y de la construcción de una nueva Jerusalén, una ciudad de los justos. Allí todos serán felices. Pero las elites urbanas e ilustradas que apoyan la república piensan que el movimiento de los Canudos está orquestado desde Inglaterra por los monárquicos que se oponen al nuevo régimen. Se lucha contra fantasmas. Esta misma idea del malentendido como el meollo del conflicto es la que nutre el discurso de la Comisión de Uchurajay, presidida por Vargas Llosa. Otra vez, la violencia resulta del malentendido. Campesinos ignorantes y miedosos creen que los periodistas son agentes de Sendero Luminoso, de modo que los asesinan. El informe cierra los ojos a la "guerra sucia" y no se detiene en las causas reales de la insurrección senderista.

Nos guste o no, los antagonismos son reales. Los canudos, por ejemplo, eran apoyados por los campesinos pobres y sin tierra, ilusionados por el profeta el Consejero. La amortiguación de los conflictos, la posibilidad de diálogo, requiere de la creación de una ciudadanía, de reconocimientos mutuos que permitan la negociación. Esta posibilidad es sin embargo remota en sociedades jerarquizadas y racistas, o en sociedades tribalizadas, donde prima la explotación, la exclusión, la desconfianza. Donde es difícil que la gente pueda sentarse a la misma mesa; en una palabra, donde los antagonismos no han sido domeñados. La democracia liberal no nace de la fatalidad de una tendencia natural sino de la lucha contra el racismo y la jerarquización, del éxito en la creación de la ciudadanía.

Pero realmente donde quiero centrarme es en la manera en que Vargas Llosa concibe la globalización cultural. En la campaña electoral del 90 Vargas Llosa afirmó que el Perú debería ser como Suiza. En nombre de la tierra y lo nativo, muchos protestaron por esta afirmación. Pero el hecho que quiero remarcar es que Vargas Llosa piensa la modernización como occidentalización. La modernización sería un proceso -básicamente- de homogeneizar a través de mayores convergencias; entonces, cada vez nos parecemos más, o deberíamos hacerlo.

Desde esta perspectiva la reivindicación principista de la diferencia aparece como un aferrarse a lo arcaico; como un temor irracional a la competencia, como miedo a la libertad.

En su obra literaria Vargas Llosa ha tratado de imaginar lo que sería una "buena vida", una situación de felicidad y realización humana, según el paradigma liberal. En efecto en *El Elogio de la madrastra*, una pequeña joya literaria, Vargas Llosa imagina la vida de Don Rigoberto, un próspero banquero limeño, desinteresado del mundo público, dedicado a su casa y hogar. Don Rigoberto es un hombre que ha hecho de la sensualidad un sentido de vida que se va encarnando en múltiples rituales. Las prolijas tareas de acicalamiento personal, hechas con goce, abandono y minuciosidad, lo preparan para sus encuentros amorosos con Lucrecia, su esposa. También le interesa la estética decorativa y la sofisticación culinaria. En estas coordenadas Rigoberto se siente realizado. Agradecido a la vida. Pero resulta que Rigoberto tiene un hijo de un anterior compromiso. Fonchito es un niño que va para muchacho. Está en una edad incierta y su sexualidad es también incierta. Pero lo que no es nada incierto es su belleza y capacidad de seducción. ¿Un ángel malvado? ¿Qué es lo que busca Fonchito? No lo sabemos... Pero apenas ido el padre, el niño emprende una pertinaz tarea de seducción con su madrastra. En un inicio los juegos son inocentes aunque siempre implican algún tipo de contacto físico que se vuelve cada vez más perturbador para Lucrecia. Finalmente la pareja clandestina termina haciendo el amor. Lucrecia es denunciada anónimamente. El paraíso se derrumba. La arremetida de Fonchito hace recordar las teorías de Bataille sobre lo excesivo como parte de lo humano. En efecto, la crítica de Bataille al utilitarismo, que prescribe el orden y el placer comedido como las consignas con las que se debe vivir, apunta a señalar la existencia del exceso, de lo que no puede ser funcionalizado como parte del fenómeno humano. Vargas Llosa presiente la inanidad del paraíso utilitarista de Don Rigoberto. Por eso introduce a esa figura misteriosa, desestabilizadora y excesiva que es Fonchito.

A lo que quiero llegar es que Vargas Llosa no llega a hacer verosímil una utopía fundada en el liberalismo. Su imaginación artística rechaza sus convicciones políticas. Salvo en sus obras costumbristas y satíricas (*Pantaleón... La Tía Julia*), Vargas Llosa nos describe un mundo trágico, poblado por personas heridas, frustradas; que se sitúan muy lejos de la posibilidad de encarnar la felicidad que él cree posible gracias a la riqueza y la libertad. La situación no deja de ser paradójica pues un escritor optimista respecto al futuro de la humanidad; que ve en la globalización económica y la democracia liberal las dos fuerzas civilizatorias que hacen posible la libertad individual, no puede sin embargo, concebir la felicidad en ese mundo privado donde se supone que debería estar.

II

Quisiera referirme ahora a la obra de José María Arguedas. Arguedas es también un intelectual comprometido. La felicidad, para Arguedas, sólo puede encontrarse desarrollando la propia singularidad, en el amor con los otros. Arguedas vivió entre dos mundos en su infancia. El hispano-misti del comedor de la casa hacienda, sitio que le correspondía por razones de sangre; y, de otro lado, el indígena-quechúa de los servidores de la cocina. En el primer mundo encontró abuso y jactancia; en el segundo amor, alegría y rabia. Desde entonces el proyecto de su vida fue que la mejor gente del primer mundo, la más humana, conociera la realidad del pueblo indígena. Ser un puente vivo entre las dos culturas. El desprecio de unos y la rabia de los otros deberían terminar. Como quiera que sea, para Arguedas había algo en la cultura de los pueblos indígenas que no debería morir. Ese algo está relacionado con el canto, el baile, la

fiesta, el sentido de comunidad. Desde diversas trincheras, Arguedas luchó por preservar el legado de la cultura andina.

Arguedas es también un creador polifacético. A veces es imposible distinguir el Arguedas antropólogo del Arguedas escritor. Los cambios de registro son sutiles y se producen en la misma obra; sea ésta una novela o un informe etnográfico. Ahora bien, Arguedas sabe que la modernización es inevitable. En un inicio, a principios de los 50, cree que del choque con la modernidad sólo quedarán astillas del mundo andino. Recomienda en esa época lo que llama una "Antropología de Urgencia" destinada a reunir y conservar lo que habría de perderse, como resultado de las migraciones y el acriollamiento. Pocos años después su perspectiva cambia. En la ciudad no se pierde el legado andino. La música, las fiestas, las redes sociales. Todo cambia pero también todo permanece. La cultura andina es mucho más vital de lo que él mismo había pensado. En su última novela, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Arguedas recoge todas las voces de la nueva ciudad, Chimbote, para tratar de imaginar los caminos posibles para la sociedad peruana. Chimbote es una ciudad de migrantes, de encuentros, de una energía exacerbada.

Los indios migran a la urbe huyendo de la servidumbre y la pobreza. Toda su vitalidad se despliega en el nuevo marco social. Hay varias posibilidades abiertas, cada una de ellas representada por uno o más personajes. Asto quiere dejar de ser indio, acriollarse, ser pescador, ganar bien. Como para ser pescador necesita una constancia de saber nadar y nadie le enseña, Asto se tira al mar amarrado al poste de un muelle. Patalea hasta aprender. Entonces puede ser ya pescador. Su primer sueldo lo usa para ir a la "Casa Rosada", el burdel elegante, que está al lado del "corral" el burdel para indios. El quiere carne blanca. Cree que así se le quitará el miedo y se redimirá de su condición de indígena. Asto es un "triunfador" pero tiene sus sombras pues está avergonzado de su origen andino. Muy diferente es Cecilio Ramírez. Acoge paisanos, ayuda a los recién venidos. Tiene una vida familiar muy plena. Cree en el progreso pero sin aculturación. Sin un rechazo, ni odio a si mismo. En un camino parecido está el patrón de lancha Mamani. Persona mayor con tranquilidad económica. Su apuesta es el estudio de sus hijos. Tampoco se odia ni desespera. Hay muchos otros personajes en esta novela. Pero el principal es desde luego el propio Arguedas pues, en medio de los relatos, intercala sus diarios y reflexiones personales. Además la novela acaba con la carta donde anuncia su suicidio. Otra vez es imposible distinguir ficción de realidad.

¿Entonces quién es Arguedas? ¿Es un aculturado? ¿es un mestizo? ¿es alguien desgarrado para siempre entre la nostalgia de la infancia perdida y el rechazo de un mundo donde los asideros de los que se coge -el amor, el arte, la política- nunca le son suficientes y se van cayendo? Arguedas sostuvo con mucho orgullo no ser un aculturado. No le interesó el arribismo. Entonces la disyuntiva está entre el mestizaje y el desgarró. Ese fue su dilema existencial. Y allí se quedó. Nunca creyó lograr para sí una integración armónica pero tampoco la descartó como posibilidad para los demás. De otro lado tampoco hizo de la necesidad virtud, proclamando un agonismo del desgarró. Afirmando una sentimiento trágico. Una estética del fracaso. La vocación de felicidad de Arguedas es patente en sus obras y en su propia vida. Sin embargo, hay un momento cuando siente que ya no tiene fuerzas y decide que lo mejor es abandonar el mundo. Quizá el personaje más reconciliado de la obra Arguediana sea Ernesto, el niño que va muchacho de *Los Rios Profundos*. La figura de Ernesto anuncia esa posibilidad de reconciliación que Arguedas nunca dejó de perseguir en su vida. En efecto, Ernesto es blanco y viene de una familia de hacendados. No obstante, ha vivido con los indios y es pobre. Conoce, íntimamente,

los dos mundos y no se avergüenza de ninguno. Del mundo andino le viene una seguridad personal y una cercanía con los otros y la naturaleza que la escuela y la competencia tratan de destruir pero sin éxito. Finalmente la novela deja a un Ernesto consecuente pero sin saber su futuro.

La polémica entre Vargas Llosa y Arguedas sobre el porvenir de la cultura en el Perú tiene plena vigencia hoy en día. Ambas pueden sostenerse con argumentos y evidencias razonables.

III

Por mi parte pensaría, como muchos, que imaginar una sola modernidad, la occidental, es dar la espalda a legados culturales que no deberían perderse. No obstante, de otro lado, imaginar sociedades que se resisten a la modernidad, que se enfrascan en sus particularidades puede ser a veces una fábula bienpensante y beata, como ocurre en el enfoque new age que exotiza los pueblos indígenas. Y otras veces esta exaltación de la particularidad, esta cerrazón a lo moderno, es el fundamentalismo autoritario ejercido por los que creen saber y quieren proteger a sus pueblos del agnosticismo o la inmoralidad. Recurriendo a todos los medios, incluso el terror.

Respecto al primer punto, el rechazo a una sola modernidad, me parece muy pertinente la consigna de Bhabha de "provincializar Europa". Europa es una modernidad posible. Pero no es la única. Además la civilización europea, tal como lo vio Freud, al menos, ha insistido demasiado en el autocontrol y la razón, rasgos que merman su capacidad para procurar una mayor felicidad en el ser humano. Ello es claro en la novela citada de Vargas Llosa. Respecto al segundo punto, el rechazo de la modernidad desde la defensa cerrada de los particularismos, creo que en la obra de Alan Badiou² encontramos la posibilidad de construir un universalismo no etnocéntrico, de criticar verazmente a los particularismos.

Quisiera contar una experiencia que puede ilustrar lo que trato de decir. Me refiero a una polémica entre representantes de pueblos indígenas de la Amazonía. Un dirigente, luchador por la autonomía de su pueblo, decía que entre los suyos se pensaba que el hombre y la naturaleza conviven integradamente, son parte de lo mismo, de manera que lo que pasa en un nivel tiene consecuencias en el otro. Entonces a la fertilidad humana, le corresponde un esplendor de la naturaleza. De ahí que él se opusiera a los planes de control de la natalidad pues producirían una catástrofe cósmica. Menos hijos es igual a menos frutos y menos vida. Pobreza y miseria. No obstante, esta opinión no era compartida por un dirigente de otro de los pueblos amazónicos allí representados. Ella contó que su madre había tenido 15 hijos y que ella tenía ya 7, y que, realmente, no deseaba más criaturas.

Tengo la impresión que al dirigente no le importaría mucho saber que la mayoría de su pueblo está a favor del control de la natalidad. El podría pensar que su pueblo no sabe lo que le conviene y que toca a gente como él, a los dirigentes, decir lo que debe hacerse, lo que está de acuerdo con la tradición. Es probable que piense que ceder en un punto es ceder en todo. Entonces si se introduce una "cuña racionalista"; si los indígenas desencantan el mundo

² Me refiero a San Pablo La fundación del universalismo. Ed. Anthropos. Barcelona 1999.

pensando que una menor fertilidad femenina no traerá hambre y miseria, entonces se habrá abierto un forado por el cual se drenará toda autenticidad y autonomía de los pueblos indígenas. El discurso de la dirigente alude al sufrimiento de las mujeres, al hambre de sus hijos. Al deseo de progreso, de vidas más libres y menos agobiadas por las obligaciones y la pobreza.

¿Cómo se situaría un multiculturalista frente a este conflicto? Si fuera totalmente congruente con sus premisas tendría que abstenerse de tomar posición. Incluso sus simpatías podrían estar con el dirigente varón pues la autonomía y la defensa de la tradición son los valores que fundan la posición tanto del dirigente como de nuestro hipotético y bienpensante multiculturalista. No obstante, esto no ocurre en la realidad. Muchas ONGs identificadas teóricamente con el multiculturalismo no dudan en intervenir en los sistemas de género apoyando la resistencia femenina y subvirtiendo la dominación masculina. Ahora bien esta acción es efectuada de una manera un tanto "vergonzante" pues no está en la línea oficial multiculturalista. En realidad el multiculturalismo tiene una vocación conservacionista: separar, mantener las diferencias, elogiar la pureza. Inmovilizar lo nativo en el museo, venderlo como exotismo frente a los turistas ávidos de lo natural e incontaminado por occidente.

Desde una perspectiva universalista la multiplicidad de las culturas es totalmente legítima y deseable pero a condición de que a través del diálogo y la interacción se vaya creando valores comunes que cada colectividad desarrollará de la manera que crea más adecuada. Esos valores no pueden ser otros que la libertad, la igualdad y el desarrollo humano. Finalmente, la posibilidad de que cada ser humano pueda explorar y potenciar su singularidad. La diferencia no tiene que estar reñida con la convergencia. Podemos ser más iguales en algunos aspectos y más diferentes en otros.

IV

Quisiera terminar esta exposición refiriéndome al Perú de hoy. El proceso cultural peruano es evidentemente diverso y complejo. En el Perú han coexistido dos tradiciones o matrices culturales durante siglos. El mundo criollo y el mundo andino. Desde los años 50 la interacción entre estas tradiciones es muy intensa, especialmente en las ciudades, y en particular, en Lima. Ahora bien esta interacción tiene como telón de fondo la globalización cultural. No obstante, no podría aún hablarse de una cultura nacional que fundamente una "comunidad imaginaria"; una sociedad basada en los reconocimientos mutuos, en un nosotros abarcador. En cualquier forma en el proceso cultural creo que es posible identificar algunas tendencias:

- 1.- El acriollamiento de los migrantes. Se trata de un hecho ambiguo. De un lado significa internalizar la transgresión de la ley como actitud normal; tener entonces una visión desprestigiada de la autoridad. De otro lado significa una exaltación del buen humor y de la fiesta como la actitud deseable frente a la vida.
- 2.- La persistencia de lo andino. El surgimiento del mundo "cholo", integrado por los migrantes y sus hijos. Alta valoración del trabajo, permanencia de redes sociales basadas en el parentesco y el paisanaje. Transfondo musical reelaborado por nuevos instrumentos y fusiones. Religiosidad tradicional.
- 3.- La influencia de lo andino sobre lo criollo. El mundo criollo es sacudido por la competencia de los migrantes. Tiene que internalizar una ética del trabajo. De otra manera no puede competir.

4.- A diferencia de la globalización económica que es bastante excluyente, la globalización cultural es muy inclusiva. Los bolsillos vacíos pero los ojos cargados de imágenes, para usar una frase de Martín Hopenhayn. En todo caso la globalización no desplaza ni destruye las tradiciones locales sino que complejiza la constitución de las subjetividades colectivas. Tradicionalmente criollos y andinos han incorporado como parte de sí una imagen que los devalúa, que deprime su auto estima. Más los andinos que los criollos. Esta imagen es producida por las metrópolis y la dificultad para lograr una resistencia justa denuncia el fracaso de la descolonización. El hecho de que el Perú sea una sociedad post-colonial. No obstante, a diferencia de otros países de América Latina el Perú tiene un denso pasado histórico que alimenta una cultura popular creativa y relativamente autónoma respecto a la hegemonía cultural norteamericana. Desde el punto de vista generacional los grupos más influidos por la globalización son los jóvenes. Entre ellos hay mucha permeabilidad a las propuestas norteamericanas. La migración fuera del país aparece como una posibilidad siempre presente.

5.- En las auto-representaciones sobre el Perú y los peruanos hay un evidente gusto por lo trágico. Esta inclinación está acompañada por una promesa de redención (la llamada por Basadre, *promesa peruana*) y, también, por un humor que alivia el peso trágico pero que al mismo tiempo reconcilia con una realidad frustrante que es tomada entonces con distancia, sin compromiso. Si se examina las narrativas identitarias más importantes, empezando, desde luego, por el relato escolar sobre la historia del Perú, se constata esa fijación por la lucha que fracasa. El Perú aparece como la tierra de las oportunidades perdidas. Cada vez que los peruanos hablan de su país es para lamentarse.

6.- Pero la creación cultural en el país es muy cuantiosa. La música es el arte donde mejor se expresa la sensibilidad popular. Y esos últimos años han estado marcados por múltiples tendencias. Una de ellas, quizá la más importante es la renovación del folclore. También la aparición de nuevos géneros de fusión como la música tecno-cumbia.

7.- Si volvemos a la polémica entre Vargas Llosa y Arguedas me parece que ambos tienen algo de razón pero que más razón encuentro en Arguedas, en su certidumbre sobre que las culturas tradicionales no desaparecerán definitivamente.

8.- Cambios fundamentales en el sistema de género. Avance del discurso de la equidad y retroceso lento pero continuo del machismo.

9.- Ahora si termino con una nota de advertencia. La discusión sobre la cultura es -qué duda cabe- muy importante. Sin embargo demasiado de la energía crítica se va en razonar el tema. Queda sin pensar la cuestión económica. El neoliberalismo hace creer que el orden económico de mercado es algo natural sobre el que no se debe ni puede influir. Entonces esto no puede continuar.